

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.—Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.—Condiciones.—El pago será adelantado en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: Mr. A. Lorella, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fox, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Juraaleiner Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

EN GANTE

El pasado y el presente.—La organización obrera.—Cómo se lucha por el proletariado.

Con un solene grito que hace de plata viva el agua en los canales, entramos en la patria de Carlos V. Si hay una ciudad flamenco que, a pesar del progreso industrial, apesar de los siglos y de la democracia conserve el carácter medioeval, esa ciudad es Gante. Todas sus perspectivas aparecen erizadas de torres agudas, de campanarios góticos, de bastiones monumentales. Por donde quiera que se marche tropiézanse los vestigios de la antigua urbe rebelde y románica: muros asaltados de yedra, que crece bajo la alucinante y ciega mirada de las gárgolas; baluartes demantelados, negros por la humedad centenaria, que parecen ahumados por las llamaradas de un incendio reciente; torrescenas, cuyas almenas cayeron a trechos, como gigantes milenarios desdentados; lienzos de muralla venetosa que avanzan inclinándose, y se miran en el agua quieta; fachadas de palacios en cuya piedra obscura destacan toda la fauna y toda la flora del arte medioeval; estuques de amar sobre la portada de viejos caserones deshabitados; castillos cuyos nombres tienen una sonoridad romanesca: el de los Condes de Flandes, el de Gerardo el Diabólico.

Pues el resto de la ciudad guarda cierta armonía arquitectónica con estas construcciones; a lo largo de los canales los edificios rematan en el escalonado triángulo flamenco; los Mercados, los teatros, han calcado también el modelo de los edificios primitivos. Y concluye de dar a la ciudad una apariencia novelesca, la multitud que circula por las calles del centro, en esta mañana de mercado semanal: las mujeres de la campiña van tocadas a la usanza de Flandes, vestidas de negro. Los hombres se agrupan en las plazas públicas, como antaño en los mercados, como si preparasen las elecciones de alguna corporación. Bajo los tendetes de lona hállase establecido el mercado de los paños y de los lienzos; y toda una muchedumbre campesina

acude de muchas leguas a proveerse de ellos, fiel al renombre secular de los tejedores de Gante.

Esta impresión de una ciudad estacionada en el pasado se desvanece pronto. Gante, con sus ciento sesenta mil almas, triplica su población de los mejores días de Carlos V. Sus telares mantienen millares de obreros. Sus progresos sociales hacen de ella una de las ciudades más gloriosas del socialismo, y uno de los modelos a imitar por las organizaciones católicas. Su fabricación de maquinarias motrices y tejedoras ha alcanzado una reputación mundial. En su alameda sobre trece islotes formados por el Lys y por un brazo del Escalda, unidos por sesenta y cinco puentes, Gante es hoy un verdadero puerto de mar; terminadas como se hallan en gran parte las obras de sus canales que le permiten recibir las primeras materias de Francia por el del Lys, de Inglaterra por el de Ostende-Terneuzen, de Alemania y Amberes por el Escalda. É imaginad lo grandioso de estas construcciones, de los largos puentes y de las obras de dragado necesarias para dar a los canales una profundidad mínima de siete metros de profundidad.

Los puentes giratorios que se mueven eléctricamente, como eléctricamente se alumbran las riberas para facilitar la navegación nocturna, de todo el esfuerzo necesario para lograr que a una ciudad internada en el continente, arriben en un año—1909, última estadística—1.282 buques con un desplazamiento total de novecientas treinta y nueve mil seiscientos toneladas.

Y con todo esto, aún hay en Gante algo más extraordinario, más digno de atención, de más trascendencia social y pedagógica; la organización de la clase proletaria. Gante ha sido siempre una ciudad obrera. Desde los siglos XIII y XIV, las corporaciones gántesas comienzan a decorar con páginas sangrientas la historia de los Países Bajos. Su gremio de los tejedores encarnó durante largo tiempo el espíritu de rebel-

dia latente en los bajos fondos sociales. Los molinos, las rueveltas, las matanzas cruentas se sucedían sin interrupción, hasta que la mano dura del príncipe nacido en Gante, de Carlos I de España, reprimió el ardor belicoso de los moradores de la industrial ciudad. Entonces los gremios no luchaban por la libertad sino por sus libertades, esto es, por sus privilegios. Hoy la lucha se ha hecho democrática y universal, no de clase; económica, no política. Ya los fieros tejedores de Gante no se arman al toque de la campana comunal para atacar a los señores. Estudian, se asocian, cooperan. Los primeros éxitos han servido para alentar su fé vacilante de neófitos. É éxito de hoy les atrae nuevos adherentes. Sus organizaciones tienen ya cierto sello tradicional que emana de la estabilidad adquirida, de la solidez visible de su relativa antigüedad.

Ni un solo paso se dá por el proletariado gántés, que carezca de parcialidad práctica y útil. Ni un discurso del que no brote un pesamiento realizable. Ni un esfuerzo del que no surja alguna mejora en las condiciones de su vida material ó espiritual. Ni el más pequeño gasto de energía que no se traduzca en creación de nuevos valores.

III

La asociación central, materia de todas las organizaciones obreras, es la que se llama *Vooruit*, que, en flamenco, quiere decir Adelante.

El *Vooruit* que fue su principio una simple cooperativa de consumo, creada por un puñado de obreros en 1880, en número de unos cien, cuenta hoy 7.500 familias obreras asociadas; el pequeño local alquilado en que tenía en los comienzos sus asambleas, se ha convertido hoy en treinta y un edificios, algunos de ellos grandiosos. El aljama central, atendido al principio por uno de los compañeros, cuenta hoy doscientos setenta empleados de ambos sexos.

El *Vooruit* se fundó con un capital de cien francos, para la fabricación cooperativa de pan. En 1881 la sociedad de tejedores le prestó 2.000 francos para los gastos de una nueva y más decorosa instalación. En 1884 inauguró una panadería mecánica. La población obrera de Gante se afijó en masa, en 1888. La primera panadería mecánica fue insuficiente. Entonces el *Vooruit* adquirió terrenos en el Ensanche, levantó un buen edificio, instaló sus máquinas de fabricación de

pan en él. Este edificio es el que nosotros vemos, considerablemente agrandado, con nuevos hornos y nuevas construcciones.

El secretario de la sociedad, referente a nuestra condición de *Encargado de misión científica por el Gobierno español, nos acompaña. Él asegura que pocas veces ha experimentado más honda emoción que mi visita a esta obra proletaria. Los graneros inmensos ocupan la parte alta; enormes abajones llenos de sacos de harina apenas dejan un estrecho pasadizo por donde nos deslizamos. Junto a una rampa las máquinas de laminar la harina funcionan incesantemente. Las amasadoras mecánicas ocupan todo un lienzo del muro. Y enfrente los siete hornos capaces para cocer doscientos mil kilogramos de pan cada tres días, apenas dejan escapar un poco del calor que encierran. Son hornos perfeccionados, que se cargan automáticamente, cuya limpieza es fácil, y que producen un pan blanco, ligeramente dorado, que exhala un grato aroma y que sería de verdadero lujo en nuestro país.*

Pues este pan de calidad insuperable, los asociados lo pagan a 32 céntimos el kilo. Y por cada kilogramo que compran la sociedad les devuelve diez céntimos de beneficio, al hacer los balances trimestrales. De modo que en realidad pagan el pan a 22 céntimos kilogramo.

Esta organización sencilla, que florece, como digo, más que una cooperativa de consumo—de producción de pan, también, naturalmente—ha servido como de esqueleto a numerosas organizaciones; ha dado margen a aplicaciones felicísimas de los principios mutualistas; ha sido base de las siguientes ventajas que actualmente disfrutan sus adherentes:

Los socios que lo han sido durante 20 años y que han comprado anualmente por un mínimo de 150 francos, reciben, a la edad de 60 años, una pensión anual de 120 francos. Compras más elevadas, aumentan la pensión hasta 300 francos.

La viuda hereda la pensión del marido difunto. En once años—y observese el poco tiempo que el *Vooruit* lleva funcionando—ha pagado por este concepto de pensiones 121.961 francos.

Los socios cuyas esposas dan a luz reciben gratuitamente el valor de una semana de pan y de comestibles; la sociedad le regala además un pastel de fiesta.

En caso de enfermedad el socio tiene derecho a un kilogramo de pan por día, y a la asistencia médico farmacéutica gratuita durante un año. Para esto todos los socios pagan cinco céntimos cada semana.

En caso de fallecimiento, se le abonaba diez francos a los próximos parientes del difunto.

Todos los socios tienen derecho a utilizar la Biblioteca. A comprar en los almacenes de la sociedad—en los que se expenden todos los artículos necesarios y aun los superfluos, para la vida.—A participar de los beneficios que trimestralmente se liquidan en proporción a las compras realizadas.

La sociedad sostiene un buen periódico diario *Una banda de música, La Harmonia Vooruit*. Sociedades corales para hombres y mujeres. *Los hijos del Pueblo*—que cada año hacen un viaje de dos semanas por el extranjero. Los circuitos dramáticos. Las Secciones gimnásticas. El círculo de jóvenes guardias. La Biblioteca. El almacén general, talleres de la cooperativa de los metalurgistas y de los carpinteros, depósitos de la Cooperativa y fábrica de torrefacción de café. La Imprenta popular, con máquinas perfeccionadas: solo en 1907—además de los trabajos ordinarios—la imprenta puso en circulación más de cuatro millones de folietos de propaganda. El edificio de fiestas. La Panadería y Confitería. Diez y siete establecimientos de comestibles en diversos barrios de la ciudad. Siete farmacias populares. Una clínica para operaciones grandes y pequeñas, donde se aplican todos los perfeccionamientos científicos—treinta ó cuarenta operaciones por día, gratuitas para los socios.—Una fábrica de tegidos, cooperativa de producción del *Voruit*, cuyo último balance, impreso, el de 1909—que tengo a la vista, arroja un beneficio líquido de 42.294 francos.

El edificio central es tan grandioso que para dar una idea tendría que recordar aquí los *almacenes del Siglo* de Barcelona, por ejemplo. Está construido expresamente para el fin a que se dedica. Y dentro de él, se albergan los organismos siguientes: En la planta baja el Café, donde caben cómoda, espaciosamente sentadas 350 personas. En un magnífico salón, ornado con bellas pinturas murales, con grandes espejos, que nada tiene que envidiar a los cafés de las mejores ciudades españolas. Salas para restaurantes. Las habitaciones del conserje. Al fondo

una gran escalera. En el primer piso el aljama de tejido y de abajones de suero. En el segundo piso oficinas de la sociedad. Caja y administración central. Las oficinas de reparto de beneficios, que se reparten en el arreglo de los tickets para la gran sala de reunión de los 22 Clubs de barrio. La Biblioteca, con 10.000 volúmenes. Sala para conferencias y debates públicos. Sala de reunión del Comité directivo. Sala de venta de tickets para la compra del pan. En el tercer piso la secretaría del partido obrero. Las oficinas electorales. En el cuarto piso el sindicato de los trabajadores del algodón. El de los trabajadores del lino. El de los carpinteros de taller. El de los tejedores. El gran salón de asambleas generales, fiestas, etc. El quinto piso: Sindicato de los carpinteros de armar. Sala de la cooperativa de construcción de edificios, que, fundada en 1900, formada por obreros albañiles, sólo para el *Vooruit*, ha ejecutado ya obras por valor de dos millones y medio de francos. Sala del Sindicato mixto. Sala del Sindicato de obreros cigarreros. Sexto piso, Salón de ensayos de la banda de música, otro salón para grandes asambleas. La escalera secundaria dá acceso a las siguientes estancias. Quinto piso. Escuela de Música. Tercer piso. Sala de reunión de los Gerentes. Sala de reunión del Comité central de la sección gántesa del partido obrero. Secretaría de la federación nacional de los obreros de la industria textil. Secretaría de la Federación de obreros pintores. Segundo piso. Sindicato de los metalurgistas. Primer piso. Salón de reunión para los miembros de la Mutualidad *Moyson* que cuenta 34000 socios, 16 médicos, 5 especialistas, 12 empleados. Piso bajo. Pequeño despacho de pan. Contiguos a este edificio, y en comunicación con él, el Gran Bazar del *Vooruit*, soberbio edificio en cuyos seis pisos hay artísticos por valor de varios millones de francos.

Y no imaginéis que estos palacios recuerdan esa odiosa arquitectura obrera a que nosotros somos aficionados, sobria, con ringleras de ventanas ó de balcones, con apariencia de cuartel, no. Estos bellos edificios son verdaderamente lujosos, con enormes cúpulas de tejas doradas ó rojizas, barnizadas, con flechas labradas finamente, con balconadas soberbias y grandes cristales biselados en los escaparates, en los ventanales, en las lucernas.

Y en cuanto a su ornamentación interior básteos saber que es obra del

propios: no obstante, debemos observar que en Nicolás Garre de Cáceres resulta disculpable la pretensión que sustentaba teniendo en cuenta sus virtudes y las costumbres de su época.

templó en la soledad, y su pasión se despertó potente y avasalladora.

Entonces llamó a Hamet, y dándole una bolsa repleta de doblones, dijo a su antiguo servidor.

—Toma esta bolsa, Hamet, busca al bello Ismael y dile que le espero emancipado. Dile también que está muy triste el alma mía y que tan solo su presencia podrá aliviar mis sufrimientos. No tardes buen Hamet.

Apresuróse el servidor de Estrella a buscar Luis y le encontró por fin, en el momento en que tras de sus amas regresaba a su casa de rezar el rosario en San Francisco.

Hamet, le llamó a parte y le dió la razón que de la joven recibiera.

Luis de Narváez vaciló un momento.

Sin el oro en sus manos que transmitió a su alma la fascinación.

—¡Libre... rico... vengido!—murmuró.

—¡Libre!—volvió a pensar.—¡Que tentación! Cruzar el ancho campo; ascender a la áspera montaña; excitar con las estrepitosas mi caballos!... Luego, humillar, hacer mordir el polvo a ese menguado aborrecido hidalgo! Después: a la corte, ver al Monarca y presentarme a él como un Emir que pide su alianza para luchar contra los turcos que esclavizan a Argel; surcar el ancho mar; atzar en

pues sus acerbas penas y la ambición a muerte de vengenza que aridaba en su pecho, al aplazarse indefinidamente tornaron su carácter, antes amable y apasible, en un genio irascible, é inconstante, que llegó a quebrantar la amistad que le unía a sus antiguos compañeros.

El alma de Estrella, en aquellos momentos dolorosos dos grandes afecciones se disputaban el dominio. Era una de ellas su añorado dolor por el fallecimiento de su padre, amable y cariñoso por demás por que Clemente de Archivei, tanto como era adusto para tratar a todo el mundo, era un amor de padre riquísimo tesoro de ternura.

La otra afección que preocupaba el alma de la joven, era su amor con Ismael, ó sea Luis de Narváez.

Desde que llevaron el cuerpo de su padre al cementerio, la desolada Estrella gemía en su soledad de un modo desconsoador. Hasta aquellos momentos, consagrada a su padre, a los cuidados propios de una hija por los restos mortales de su padre, sino olvidó un momento al hombre que adoraba con el fatigoso amor de un corazón que fue como el suyo, sufrió su ausencia, y en medio de la indignación que es propia del que ve sus esperanzas de sentir aliviado su corazón en un plazo muy breve. Pero llegó la noche, y con ella